

LA GUERRA DE PORTUGAL

JORDI SIERRA I FABRA

LA GUERRA DE PORTUGAL



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: febrero de 2025

© Jordi Sierra i Fabra, 2025
Autor representado por IMC, Agencia Literaria S.L.
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6459-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 435-2025

Impreso en España

ÍNDICE

Primera parte: Mayo-junio de 1940	9
Segunda parte: Julio-agosto de 1940.....	113
Tercera parte: Septiembre-octubre de 1940.....	245
Cuarta parte: Noviembre de 1940.....	395
Nota del autor	431
<i>Dramatis personae</i>	433

PRIMERA PARTE

Mayo-junio de 1940

Madrid

Los siete integrantes de la Junta de Jefes de Estado Mayor observaban el mapa de Europa extendido sobre la mesa. Lo hacían con un ojo; el otro lo tenían pendiente de Francisco Franco Bahamonde, generalísimo de los Ejércitos y caudillo de España por la gracia de Dios y la gracia de las armas, que poco más de un año antes había derrotado a la República. Europa, con aquel entramado de fronteras que separaban, en el papel, a los países, de pronto ya no parecía ser un crisol, sino que adquiriría un único color. El punto central sobre el cual pivotaba la historia se había trasladado a Berlín, de donde, ahora, partían todos los destinos, las carreteras y los rumbos del futuro.

–¿Dunkerque? –preguntó Franco.

El almirante Salvador Moreno puso un dedo en un extremo de la costa, frente a Inglaterra.

–No tienen salida –dijo Juan Vigón.

–Debe de haber medio millón de hombres –hizo notar José Enrique Varela–. No van a poder sacarlos de esa bolsa.

–O sea que... –vaciló el Caudillo.

–Si mueren o caen prisioneros, se acabó Inglaterra –aseguró Vigón.

De vuelta al mapa.

La mirada de Franco se perdió unos segundos por aquel lugar de la costa donde Alemania iba a barrer el último bastión de la resistencia europea frente a su expansionismo: Flandes. La palabra le hizo evocar otros tiempos, cuando la que dominaba el mundo era España.

De eso, hacía mucho.

La frase «En Flandes se ha puesto el sol», como fin de una supremacía, todavía pesaba en el orgullo nacional.

–Nadie puede detenerlos –expresó el sentir general el ministro del Aire, Juan Yagüe–. Ya visteis como Hitler se merendó Polonia en un mes. El norte de Europa no puede ofrecer la menor resistencia. Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega... La maquinaria bélica nazi los barrerá. Francia se quedará sola y, desde luego, por mucho que tengan el Imperio y estén en una isla, Gran Bretaña quedará a merced de una invasión.

–Los alemanes en París –mencionó Franco.

–Quién lo iba a decir en el 18, ¿eh? –sonrió Vigón.

–Son un pueblo diferente –convino Moreno–. Un espejo para todos.

–Un pueblo diferente con la suerte de tener un líder carismático –dijo Vigón.

–Como nosotros –dejó ir Yagüe.

–Como nosotros –lo apoyó Moreno.

Todos miraron a Franco.

El Caudillo no prestó atención a la lisonja. Seguía mirando el mapa de Europa. Una Europa en la que, finalmente, España volvía a tener un papel.

Sólo había que ponerse del lado de los vencedores.

Así de fácil.

¿O no?

París

Arnaud Delcourt abrió la puerta de su piso despacio, como si no quisiera hacer ruido, y la cerró de la misma forma una vez hubo cruzado el umbral. Pero, aun así, cuando iba a enfilear el pasillo, se encontró con su esposa.

Madeleine tenía las manos unidas a la altura del pecho. Y sus ojos lo decían todo. Aquellos ojos de mirada expresiva que, durante años, habían sido tan y tan bellos, turbadores, ahora eran los de una anciana prematura, excesivamente avejentada. Ojos y rostro, sombras de un pasado perdido.

A Arnaud le daba igual. Seguía adorándola.

Llegó hasta ella y la abrazó.

–Ya está –le susurró al oído.

Madeleine se estremeció.

–Todo va a ir bien, ya lo verás –insistió él.

–¿Estás seguro? –gimió ella, al borde de las lágrimas.

–Lo estoy –intentó ser categórico–. Y hay que hacerlo antes de que lleguen y ocupen París. Quién sabe lo que pueden liar aquí. Cuando alguien gana una guerra... –La apretó un poco más al notar que se le doblaban las piernas, como si la última resistencia la abandonara ante la derrota–. Vamos, Madeleine. Mira lo que le sucedió a mi primo aquella noche en Berlín. Le quemaron la tienda y luego desapareció misteriosamente. ¿Crees que no sé que está en el fondo de algún barranco o en una fosa común? ¡Y aquello fue antes de la guerra! Ahora ni siquiera sabemos qué está sucediendo en Alemania o en Polonia. Van a matarnos a todos.

–¿Cómo van a matarnos a todos? –protestó ella.

–Pueden meternos en campos de concentración.

–¡Pero somos franceses!

–No, cariño. –Se separó de ella para mirarla con dulzura–. Somos judíos.

Madeleine resistió la mirada.

–Toda nuestra vida está aquí –musitó.

–No. –La sujetó por los brazos y la sacudió levemente–. Nuestra vida está donde estemos nosotros, los dos, juntos. Y estará allí donde vayamos.

La mujer miró a su alrededor, la casa. Esa hermosa casa desde la que se veían tanto la torre Eiffel como Notre Dame.

–Ya no hay vuelta atrás –dijo Arnaud–. París caerá un día de éstos. He cerrado la consulta, he pasado mis pacientes a Henriette Laval, me van a pagar los cuadros y lo más valioso a buen precio, dadas las circunstancias. Tendremos dinero de sobra para vivir bien lo que nos queda de vida.

–Lo que nos queda de vida –repitió ella como si fuera un eufemismo.

–No somos tan viejos –sonrió Arnaud, y la besó en la comisura de los labios.

Quizá no fueran tan viejos, pero sí estaban cansados. Y lo que les quedaba, una huida a través de Francia primero y España después, no parecía del todo fácil.

No, en un mundo en guerra.

–¿Quieres que prepare yo la cena? –se ofreció él.

Madrid

¿Cuánto podía durar una resistencia?

¿Cuántos golpes podía soportar una persona, sobre todo cuando no hacía más que darse contra todas las paredes del silencio y la burocracia, rebotando de un lado a otro igual que una pelota de goma?

La fila tocaba a su fin.

Llevaba una hora de pie y empezaba a sentirse mareada. Un plato al día no era mucho.

–Nos tratan como a perros –dijo alguien a su espalda.

–¡Cállese, señora! –le reprochó un hombre–. ¿Quiere que la detengan? No se haga mala sangre, es mejor.

–Para eso ganamos la guerra –suspiró la mujer.

Isabel volvió la cabeza y la miró.

Dos personas, dos mundos. Una había ganado la guerra y otra la había perdido. Pero estaban en la misma cola, persiguiendo algo, buscando algo.

No dejaba de ser curioso.

Volvió el silencio.

Tardó otros diez minutos en llegar a la ventanilla. La atendía una mujer mayor, con aspecto de cansada, tal vez por las horas que llevaba allí o tal vez por la obligación de lidiar con los que se le acercaban. A la mayoría los mandaba a otro lado. «Falta una póliza», «Esto no es aquí», «Tiene que cursar una instancia», «Ha de pedir un certificado, «Pruebe en Administración», «Necesita...».

Isabel esperó a que la mujer le hablara, pero ésta no lo hizo.

–Perdone, estoy buscando a una persona.

–¿Nombre?

–Isabel Zapata.

–¿Es el de la persona?

–No, el mío. El de ella es Esperanza Zapata. Es mi hermana gemela. Me han dicho que aquí llevaban un registro de las personas desaparecidas.

–Pues le han dicho mal –gruñó la mujer.

Isabel apretó los puños. Se revistió de paciencia; era todo lo que podía tener: paciencia. La rabia, la frustración y la desesperación hacía meses que se las había tragado.

–¿Ha ido a la policía?

–Sí.

–¿Cuándo desapareció su hermana?

–Hace poco más de un año.

La mirada fue críptica.

«Hace poco más de un año» era el fin de la guerra. De la Cruzada.

–Tendrá que ir al Ministerio de...

–He estado en todos.

–Entonces, lo siento.

–Escuche, cuando desapareció, tenía diecisiete años.
Era una niña...

–Lo siento. –La mujer se convirtió en una pared–. ¡Siguiente!

–Por favor...

La mujer que iba detrás de Isabel, la que había ganado la guerra, la apartó de un golpe. No pudo luchar ni ofrecer la menor resistencia. Mientras se alejaba, todavía pudo escuchar una frase despectiva:

–¡Una roja, seguro! ¿Desaparecida? ¡Muerta es lo que debe estar!

Sintió un mareo. Se apoyó en una columna.

No, un plato al día no era mucho.

–¿Se encuentra bien? –dijo una voz a su lado.

Era un hombre mayor, barba blanca, escaso cabello. Vestía con la humildad de los que ya han remendado la ropa tantas veces que casi parece transparente o a punto de deshilarse sola, con una ráfaga de viento. Mejillas entecas, ojos hundidos, manos huesudas. Y, a pesar de todo, buena persona.

–Me he mareado un poco, nada más –se recompuso.

–Ánimo –dijo él, sonriendo.

–Gracias.

–Una chica tan guapa como tú... Lo tienes todo por delante, ¿sabes?

¿Y lo que dejaba atrás? ¿Cómo superar ese peso, ese maldito lastre?

–Llevo meses buscando a mi hermana –le confió, sin saber por qué.

–¿Combatiente?

Se tensó un poco.

–No –dijo, insegura.

–Mucha gente se ha ido fuera.

–Ella, no.

–¿Cómo estás tan segura?

–Lo habría dicho.

–Quizá no ha podido.

–He... mirado en todas partes. He preguntado y... –deseó no haberse detenido a hablar–. Lo siento, he de irme, señor.

–¿Has ido al Casino Militar?

Isabel se detuvo.

–No.

–En la Gran Vía.

–No –repitió.

–Pregunta por un *maître* llamado Esteba. Di que vas de mi parte: Leonardo –sonrió–. Allí hay muchas voces, y también algún oído.

Estaba sorprendida. Aquel hombre...

–Lo haré. Gracias –dijo.

–Que tengas suerte, niña –le deseó él.

Niña.

Creía que, con dieciocho años, ya era una mujer.

Pero la llamaba niña.

Quizá lo fuera.

Pero en un mundo de nuevos monstruos.

Madrid

Ricardo Peralta disimulaba un poco la cojera cuando se movía despacio, pero, cuando lo hacía rápido, como ahora, le resultaba imposible. Entonces daba la impresión de ser un muñeco animado, o un títere, agitado por los invisibles hilos de una mano situada en las alturas. La diferencia entre una pierna y otra era de cinco centímetros, suficiente para dar la imagen de una persona desarbolada. El alza del zapato no evitaba el desmadejamiento.

Los panfletos de la Sección Femenina de la Falange salían por la máquina impresora a toda velocidad. Le gustaba

el machacón y monocorde sonido, el olor a tinta. Lo que imprimía, no.

Cogió uno.

El ideario, escrito por una mujer, Pilar Primo de Rivera, le golpeó la razón como la ráfaga de una ametralladora inmisericorde. Cada frase, cada perla, cada declaración, era una amarga constatación de la nueva España. La España de la culpa y el pecado, la sumisión y la obediencia, los curas y los militares. La España en la que el hombre volvía a ser «el Hombre», y la mujer la costilla que el buen Dios le había arrancado en el Paraíso para poco más que ser su compañera y procrear.

Gracias a la Falange, las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras. [...] Las mujeres nunca descubren nada; les falta el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles. [...] Todos los días deberíamos dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque, si lo tuviéramos, quién sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirlo en las plazas. [...] La vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular, o disimular, no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse. [...] No hay que ser una niña empachada de libros que no sabe hablar de otra cosa. No hay que ser una intelectual. [...] Disimula tu presencia física en el trabajo, seamos hormiguitas graciosas y amables...

Pero más allá del ideario básico surgían esperpentos todavía peores en lo íntimo, aniquiladores de la condición femenina en un retroceso hacia la prehistoria. Los más claros eran los que abordaban el tema del sexo:

Si tu marido quiere dormir, no lo presiones ni estimules la intimidad. Si es él quien te pide la unión, accede humilde-

mente, teniendo en cuenta que su satisfacción es más importante que la de la mujer. Si las prácticas sexuales que te demanda son inusuales, sé obediente y no te quejes. En el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar.

Ricardo estuvo a punto de estrujar y romper el panfleto.

Pero no estaba solo. Y en todas partes había ojos y oídos. Ser un minusválido no le evitaría ir a la cárcel.

Pensó en Isabel.

¿Era eso lo que les esperaba a todos? ¿Era eso lo que Dios, la Patria y la Iglesia exigirían a los futuros maridos y esposas de la España nacionalcatólica?

La República, aun con sus lacras e imperfecciones, había mirado al futuro. La dictadura era una regresión al pasado.

Mientras, la máquina seguía vomitando panfletos. Y él se encargaba de que funcionara, tuviera tinta, fuera un ejemplo y un modelo de imprenta.

—¡Ricardo!

La voz del señor Rafael se impuso al regular y monótono trastrás que invadía el espacio. Se volvió hacia su jefe.

—¿Sí, señor?

—¿Cómo va eso? —El hombre señaló la producción del ideario.

—Bien.

—¿Acabaremos hoy?

Ricardo hizo un gesto de contrariedad.

—Mañana por la mañana.

—Hay que terminar esta noche —objetó el dueño de la imprenta—. Lo quieren a primera hora todo, empaquetado y listo.

—¿Y por qué tanta prisa?

—¡Yo qué sé! Díselo a ellas. Creo que van a repartirlo este fin de semana. ¿Cuánto calculas que necesitas?

–Un par de horas.

–¿Te quedas y te doy un extra?

Volvió a pensar en Isabel.

Dos horas significaba no verla. Y las oportunidades escaseaban. Tanto o más que el dinero.

–¿Un extra? –aventuró.

–Venga. –El señor Rafael le dio una palmada en el hombro–. Ya sabes que te trato bien, ¿no? –Sólo le faltó añadir: «en tus circunstancias».

Ricardo asintió.

–Sí –dijo–. Me trata bien, señor Rafael. Gracias.

–¡Pues venga, no se hable más! –El hombre entrechocó las manos–. ¡Dale todo lo que puedas a ese trasto, ¿de acuerdo? Yo voy a llamar a la Sección Femenina para decirles que lo tendrán cuando quieren –soltó una carcajada–. ¡Esas señoras...! ¡Que Dios nos coja confesados!

Ricardo pensó que, con ellas y su ideario, no haría falta confesarse para nada ni de nada.

Lisboa

Miguel Ángel Pozo comprobó la hora.

Llevaba cinco minutos esperando.

Le habían dicho, más bien insistido, que fuera puntual, que al señor embajador le gustaban las buenas formas, la seriedad y el rigor. Lo que se esperaba de una sede diplomática que representaba a un país. Por otra parte, circulaban no pocas leyendas y hasta bromas sobre el hermanísimo.

No se vivía mal en Lisboa.

La guerra parecía muy lejana.

Y también España.

Miguel Ángel paseó una mirada por la estancia. De hecho, después del piso que iba a compartir con Sonsoles, aquélla iba a ser su segunda casa. La sede de la embajada parecía

tranquila, con lujos escasos, aunque el edificio era precioso y próximo a zonas arboladas, como el Jardín Botánico. Situada en la rua do Salitre número 1, junto a la populosa avenida da Libertade, tenía justo enfrente el monumento a los héroes de la Gran Guerra. El personal, absolutamente adscrito al régimen. A primera vista se respiraba un aire de cordialidad y camaradería; otra cosa sería cuando se involucrase más y aparecieran los dimes y diretes, las fabulaciones o confabulaciones, la turbulencia derivada de aquella otra Lisboa movida por los hilos de la historia. Una ciudad abierta, llena de espías, de intrigas.

Se abrió la puerta del despacho.

La mujer le sonrió.

—Señor Pozo, si hace el favor.

Miguel Ángel se levantó y fue tras ella. Pronto se encontró en el sacrosanto templo desde el cual Nicolás Franco movía los hilos de su hermano en Portugal. Para algunos, era un premio; para otros, una forma de sacarse de encima a la familia. Para el propio Nicolás, una bendición. Escapar de la hambrienta y maltrecha España no estaba al alcance de cualquiera. Y hacerlo con rango de embajador, menos.

Nicolás Franco se parecía levemente a su hermano. Sólo levemente. Francisco era más bajo y rechoncho, inclinado de forma rápida a desarrollar tanto una buena barriga como una delicada papada. En la foto que coronaba el despacho, junto a otra de José Antonio Primo de Rivera, se le veía, en cambio, posando como un galán de Hollywood. Era el retrato hecho por Ángel Jalón: Franco de uniforme, con fajín y borlas y un abrigo con solapas y cuello de armiño o algo parecido, que le daba sensación de tener alas.

Miguel Ángel se encontró con la mano tendida del que iba a ser su jefe.

—Señor Pozo.

—Excelencia.

Nicolás hizo un gesto ambiguo.

–Por favor...

El nuevo agregado de la embajada no supo qué decir.

–¿Ha tenido un buen viaje?

–Sí, desde luego.

–¿Su esposa?

–Muy bien, gracias. Encantada con la vivienda.

–¿Le gusta?

–Mucho.

–Me alegro –afirmó Nicolás Franco–. No es lujosa, pero la zona es preciosa. De lo más pintoresco. Cuando uno sirve a la patria lejos de casa, es importante sentirse cómodo –le indicó una butaca y continuó hablando–: Éste es un buen destino, ya lo verá. Trabajo duro, eso sí. En estos tiempos hay que estar vigilante y tener los ojos..., y los oídos, muy abiertos. Pero estoy seguro de que un hombre como usted, de su experiencia, se adaptará enseguida. –El hermanísimo cabalgó una pierna sobre la otra, de manera distendida–. Tengo entendido que habla perfectamente portugués por parte de madre.

–Sí, señor.

–¿Le gusta la diplomacia?

–Mucho.

–Las guerras se libran en los campos de batalla, pero sólo a nivel físico. Las verdaderas contiendas se hacen con esto –se tocó la frente– y en lugares como éste. La política es el arte de matar sin armas.

–O de conseguir la paz.

–Tal y como está el mundo ahora mismo, eso es más difícil, ¿no cree?

–Desde luego, señor.

Nicolás Franco se quitó una imaginaria mota de polvo de la rodilla. Era la segunda vez que cambiaba de tercio y hacía algo en consonancia.

–He leído atentamente el informe sobre su experiencia profesional.

–Espero que se ajuste a las exigencias del cargo.

–Oh, sí, desde luego. –Hizo un gesto con la mano–. La única pregunta que me gustaría hacerle no sé si es preceptiva...

–Por favor.

–Cuarenta y tres años, una carrera brillante, una esposa joven y guapa... Pero no tienen hijos.

–Mi esposa no puede –mintió.

–¡Oh, vaya! –El gesto del hermano del Caudillo fue de dolor–. No sabe cuánto lo lamento. Hay mujeres que enloquecen en una situación así.

–Mi esposa es fuerte, señor. Además, lo sabemos desde hace años. Es algo asumido.

–¿Sabe qué le recomiendo? –No esperó a que su nuevo agregado le respondiera–. Tómese el fin de semana para apreciar un poco el color local, lleve a su esposa a cenar, o, mejor dicho, a visitar el casino de Estoril, aunque le ruego que no pierda demasiado –bromeó, apuntándolo con un dedo–. Haga un poco de turismo, y el lunes preséntese para empezar a trabajar. No creo que por esa pequeña ausencia la embajada desaparezca o, lo que sería peor, Portugal se vaya a pique. ¿Lo hará?

Un fin de semana. No estaba seguro de si Sonsoles lo apreciaría, pero sonrió igualmente.

–Es usted muy amable, señor –asintió Miguel Ángel Pozo.

Nicolás Franco siguió cómodamente sentado y relajado, como si no tuviera nada más que hacer que hablar con su nuevo miembro diplomático.

Probablemente era así.

Madrid

Aniceta Solana dejó de fregar el suelo y se levantó.

Tanto daba lo que restregara. El suelo seguía igual: desteñido, viejo, sucio, con la edad impregnando cada grieta, cada herida, cada rasguño forjado en la piedra por una huella del pasado. Los años se amontonaban en los suelos formando una pátina peor que las de las paredes, porque las paredes podían pintarse, pero los suelos, no. Nacían con la casa y eran eternos.

Aniceta dejó de mirar el suelo y se miró las manos.

Rojas. Hinchadas.

Cuando era joven las tenía bonitas. Tan cuidadas...

Recogió el cubo y la bayeta, y se encaminó a la cocina.

Ricardo ya no tardaría en regresar, aunque, si no lo había hecho ya, seguro que había surgido algún contratiempo en la imprenta. Había que arrimar el hombro y dar el callo. Pelear por cada brizna de suerte. Un trabajo, una oportunidad.

Aniceta tenía la cabeza lejos de allí. Por eso se sorprendió al encontrarse a Argimiro.

–¿Qué estás haciendo aquí? –cuchicheó, asustada, y al máximo de su recién aparecida ira–. ¿Estás loco? ¡Es de día!

–No pasa nada. –Su marido también bajó la voz.

–¿Que no pasa nada? –dejó el cubo y la bayeta en el suelo–. ¡Quieres volver al refugio!

–Está empezando a hacer calor.

–¿Y qué? ¡Como lo hará este verano, como lo hizo el del año pasado, y como lo hará todos los que vendrán y tendrás que aguantar a menos que te cojan!

–Ya hay menos peligro, mujer.

–¿Que hay menos peligro? –se asombró–. ¿Pero tú te estás oyendo? ¿Sabes a cuántos se dice que fusilan cada día sólo aquí, en Madrid?

Argimiro se apoyó en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Eso es un horno –señaló en dirección al zulo.

–¿Y qué quieres que le haga yo?

–Uno ahí dentro no sólo se pone caliente por la temperatura.

–¿Ahora me sales con ésas? –levantó las cejas ella.

–Anda, ven.

–¡Que va a llegar Ricardo!

–Lo hacemos en el zulo.

–¿Cuánto hace que no te lavas? ¡Hueles a infierno!

–¿Ahora me sales con ésas? –se burló él, con sus palabras.

–¡Pues sí! ¿Crees que no te huelo?

–Coño, Aniceta, que hace ya una semana.

Lo miró. Sin saber por qué, recordó cuándo y cómo se había enamorado de él. Argimiro acababa de ganar el campeonato de España de los pesos medios. Por entonces, ya tenía la nariz completamente aplastada. Era todo menos guapo. Sin embargo, a ella le atrajo. Era diferente. Ojos bonitos, boca perfecta, sonrisa de conquistador, mentón con un hoyuelo a lo galán de cine, mucha labia y mucho sentido del humor. Por si todo eso fuera poco, campeón de España. Salía en los periódicos. Muchas chicas le ponían ojitos.

Pero Argimiro se fijó en ella. La discreta, tímida y sencilla hija pequeña de los Solana.

Sonsoles también se había casado con un hombre prometedor.

Después, la realidad.

Y después de la realidad, la guerra.

Como colofón de todo.

–Vuelve al zulo, va. ¿No ves que alguien puede oírte? –suspirió ella.

–¿Esta noche?

–Sí, bien. Pero ahora vuelve al zulo, por favor, que nos pierdes.

–¿Tienes algo? –Argimiro paseó unos ojos perdidos por la vacía cocina.

–¿Qué quieres que tenga? –se lamentó Aniceta–. Dos cartillas de racionamiento para tres bocas no dan para nada. Y con un chico joven creciendo...

A veces lo que más dolía no era el hambre. Era la impotencia. El paso de un tiempo en el que un día era igual a otro, y una semana igual a otra, y un mes igual a otro. Hambre, impotencia y miedo.

Si un día la policía entraba y lo atrapaban...

Incluso las ratas eran más libres.

Madrid

Josefina Delcourt miraba las viejas fotografías del álbum familiar. Las fotos de su infancia y su juventud, cuando ella no era Josefina, sino Josephine, nacida en el hermoso París, hija de una notable familia judía formada por grandes hombres y buenas mujeres. Los Delcourt.

Ya sólo quedaban su hermano y ella.

O tal vez no.

Primero, la guerra en España. Ahora, la guerra en Europa.

¿Por qué no escribía Arnaud? ¿Y si había muerto?

El periódico estaba encima de la mesa. Había dejado de leerlo, sumida en la confusión, para refugiarse en la contemplación de los retratos y sumergirse en la dulzura de los recuerdos. Unos recuerdos que, a veces, acababan convertidos en una nueva forma de tortura.

Los titulares del periódico eran expresivos: «Francia al borde de la derrota», «París ante la inminente ocupación alemana», «Rendición total», «Último repliegue de las tropas aliadas en Dunkerque», «Hitler dueño de Europa»...

El mundo se había vuelto loco.

Allí estaba el abismo, y todos hacían equilibrios en el borde.

–Arnaud...

Era su hermano mayor. Siempre la había protegido. Fue él, y no su padre, el que trató de disuadirla para que no se casara con un español que ni siquiera era judío. Pero en aquellos días Josephine era rebelde. En todas partes, las mujeres se emancipaban, se liberaban del yugo masculino. Incluso dentro de la cerrada sociedad judía. Y estaba enamorada.

¡Oh, el amor!

La venda que tapa los ojos y tarde o temprano cae.

El tiempo es un péndulo en forma de guadaña.

Nunca se arrepintió de nada, pero pagó un precio. Cambió París por Madrid, el bienestar colectivo por la discreción familiar. Dejó de ser Josephine para convertirse en Josefina.

Ahora ya no le quedaba nada, salvo sus sobrinas políticas, Isabel y Esperanza, una viva y la otra desaparecida, probablemente muerta. Y el orgullo no daba para comer. Tampoco el pasado. La última vez que vio a su hermano Arnaud fue en 1935. Cinco años después, todo era distinto.

Estaba sola.

Sola con las hijas de la hermana de su marido.

Muertos, muertos, muertos.

En 1939, al acabar la guerra española, pensó en marcharse, en regresar a París. Entonces desapareció Esperanza, e Isabel no había dejado de buscarla. Si se iba, tendría que hacerlo sola, porque Isabel no la seguiría. Y había prometido a su cuñada cuidar de sus hijas.

Un juramento imposible de olvidar, aun bajo las bombas que arrasaron con su casa.

Ahora, con la guerra en Europa y Francia a punto de caer bajo la bota alemana, el regreso era ya imposible. El mismo Arnaud y su mujer podían estar muertos, o encerrados en campos de concentración. Eso era lo que se contaba que hacían los nazis con los judíos en Alemania o Polonia. ¿Harían lo mismo en Francia?

–Si Napoleón levantara la cabeza –sonrió con nostalgia.

Guardó las fotos apresuradamente al oír la puerta. Las metió en la caja de zapatos y la tapó. Seguía en pie, después de guardarla en el arcón, cuando Isabel apareció. La chica ni siquiera hizo caso del periódico. Tenía los ojos brillantes. Cualquier rayo de esperanza la hacía sonreír.

–Tía, creo que tengo algo –dijo la sobrina.

–¿Cuántas veces había dicho lo mismo en aquellas semanas, meses...?

–¿Qué es?

–He estado hablando con un hombre que trabaja en el Casino Militar.

La miró, muy sorprendida.

–¿Has ido... al Casino Militar? –balbuceó.

Isabel le cogió las manos.

–No te había dicho nada por si era otro palo de ciego –le confió–. Pero ese hombre está todo el día con gente de uniforme, les hace favores, los trata bien y, a cambio, lo tratan bien a él. Conoce a muchos militares. Algunos son muy importantes. Me ha dicho que sabe a quién preguntar.

–¿Y qué te ha pedido a cambio?

–Nada –se extrañó la chica.

–¿Nada?

–No, ¿por qué?

–Nadie hace favores gratis, Isabel –se quedó seria–. Eres joven y guapa, y, por lo tanto, vulnerable. Si te ven desesperada, y lo estás, querrán aprovecharse de ti.

–No me ha pedido nada, tía –insistió ella–. Que trabaje en el Casino y esté con ellos no significa que también sea uno de ellos.

–¿Cómo has llegado hasta ese hombre?

–Conocí a un viejo el otro día. Me vio tan apurada que me lo recomendó –se puso más y más seria–. Tía, todo el mundo no es malo. Aún queda gente buena.

–¿Aquí? –Abrió los brazos como para abarcar el mundo más allá de las paredes del piso, y su rostro reflejó todo el es-

cepticismo que sentía—. A los buenos los mató el fascismo, Isabel. Buenos, porque confiaban en la legalidad. Lo que queda es el poder, el miedo, la autoridad de la victoria, no de la razón. Yo... —se desesperó—. Sé que no dejarás de buscar a Esperanza. Yo ya no creo en nada, pero tú, sí, y eso te honra. Lo único que te pido es que tengas cuidado. Tu hermana se metió en líos durante la guerra. Sabía a lo que se arriesgaba, y pagó el precio. No lo pagues tú ahora por ella, por favor. Estamos solas —parecía a punto de llorar.

Isabel la abrazó y le acarició la espalda.

—Tendré cuidado, tía. Te lo prometo. Sé que Esperanza está viva, en alguna parte, puede que en una prisión de algún lugar de España, pero viva al fin y al cabo. Lo único que quiero es confirmarlo y saber dónde. Luego ya veremos qué hacemos, ¿de acuerdo? Por favor..., confía en mí.

Abrazada a ella, Josefina deslizó una mirada más hacia el periódico abierto sobre la mesa.

Un periódico español con la fotografía de un sonriente Hitler en primer plano.

Londres

De espaldas al resto de los asistentes a la reunión, Winston Churchill contemplaba el plumizo cielo londinense desde el ventanal. Lo único que se movía en la imagen a contraluz era el humo del puro habano que mantenía apretado entre los dientes. La plana mayor de su gabinete de emergencia esperaba.

La ira del *premier* inglés era famosa. Sus pausas, también. Sus silencios, enigmáticos.

Si se tomaba su tiempo, era por algo.

Después de todo, las noticias no eran buenas.

En realidad, las noticias eran las peores jamás imaginadas. Todo un ejército, vencido y empujado hacia el mar; una

de las derrotas más humillantes de la larga historia bélica británica. Alemania a las puertas de ser dueña de Europa y con un pie en el canal de la Mancha, dispuesta a dar el pequeño gran salto hasta las islas. Algo inconcebible.

Todos los presentes guardaban silencio, mientras el humo del puro ascendía hacia el techo, primero en una blanca columna y después retorciéndose en sucesivas formas que acababan desapareciendo.

El viejo león se dio la vuelta de pronto.

–¿De qué más debemos preocuparnos? –preguntó.

–De España –fue directo Alan Hillgarth.

Winston Churchill asintió. Se sentó de nuevo en su butaca, lo más parecido a un trono después del de Buckingham Palace.

–¿Creéis que Franco está dispuesta a jugárnosla? –rezongó.

–El embajador Hoare está seguro de ello –expuso Hillgarth–. Por todo Madrid hay esvásticas y parafernalia nazi.

–Hay un viejo dicho –dejó ir el almirante Godfrey–: «A río revuelto, ganancia de pescadores».

–España está exhausta; su gente, hambrienta. Sin el trigo que le mandan los canadienses y los americanos, con nuestro beneplácito, no pasarán del próximo invierno –intervino el director del MI6 Stewart Menzies–. No creo que estén para aventuras militares.

–Eso pueden reponérselo los alemanes como compensación por entrar en guerra –afirmó Hillgarth.

Winston Churchill se tomó un nuevo tiempo. Le dio una profunda calada a su puro.

–Pongámonos a las malas... –dijo al fin–. ¿Qué puede pasar?

Todos miraron a Alan Hillgarth, que para algo era el responsable del espionaje en España.

–Franco simpatiza con Hitler, y España es claramente pronazi. Mucha neutralidad, pero la prensa española se des-

hace en elogios hacia las victorias alemanas. A fin de cuentas, los fascismos italiano y teutón lo ayudaron a ganar su guerra –remarcó la palabra «su»–. Franco no dejará pasar la oportunidad de aliarse con Alemania en cuanto esté seguro de su victoria sobre nosotros, no antes. Así podrá reclamar su parte del pastel en el presunto nuevo orden.

–¿Así que todo depende de lo que resistamos nosotros?

–Sí.

–¿Atacarían Gibraltar?

–Es lo más previsible –manifestó el almirante Godfrey–. Llevan siglos reivindicando el Peñón. Y todavía les duele lo de Trafalgar.

–¿Saben que podríamos hacernos con alguna de sus islas? –Apuntó con el puro al almirante.

–Puede que no ataquen Gibraltar ellos directamente y que se lo dejen a los alemanes.

–¿Cómo?

–Permitiéndoles pasar por España.

–Eso tendría sentido –asintió el *premier*.

–No hay que subestimar al ejército español –intervino por primera vez Henry Evelyn Ridley, jefe de la Oficina Estratégica–. Franco dispone de medio millón de hombres útiles, la mitad de los veteranos de la Guerra Civil, más unos veinte o veinticinco mil oficiales. Mal armados o no, anticuados o no, siguen ahí, de uniforme. Total, la guerra en España acabó hace poco más de un año. Eso es mucho soldado, tengámoslo en cuenta.

–¿Medio millón? ¿Está seguro?

–Todos los combatientes republicanos sin delitos de sangre han tenido que hacer un servicio militar obligatorio con las tropas nacionales. Por eso hay tantos soldados, a pesar de que sólo son veinte millones de población. Los que tenían delitos de sangre, por supuesto, han sido pasados por las armas. –Hizo una pausa antes de agregar–: Según Samuel Hoare, Franco firma sentencias de muerte como quien se

cambia de calcetines. Y allí usan algo tan siniestro y poco civilizado como el garrote vil para cumplirlas. De todas formas, y sea como sea, habiendo una guerra en Europa, siendo España declaradamente pronazi, y con la posibilidad de intervenir en ella para sacar beneficios, no es raro que sigan manteniendo tanta gente en el ejército.

–¿Qué podemos ofrecer a Franco para disuadirlo de que entre en guerra?

La pregunta de Churchill los sorprendió a todos. Hubo cruces de miradas.

–¿Nosotros? –dudó Hillgarth.

–Siempre hay algo. –Los ojos del primer ministro se empequeñecieron–. Cuando no se puede ir de frente, hay que ir por la retaguardia. O de lado...

–Franco es ese tipo de hombre orgulloso, tozudo. Muy... español. Encima, ha ganado una guerra. Se siente un escogido por la providencia. Dios está de su lado. ¿Sabe cómo lo llaman en Marruecos después de sus logros en el norte del país? –Hillgarth no esperó la respuesta–: *Baraka*. Significa que tienes suerte. Los árabes decían que las balas no lo tocaban.

–Lo que faltaba –resopló Godfrey.

–De acuerdo –asintió Churchill–. Franco es un cabeza cuadrada. ¿Y sus generales?

El cruce de miradas volvió a ser uniforme.

Le tocó de nuevo el turno a Ridley:

–Algunos de sus generales no las tienen todas consigo, señor primer ministro. Por un lado, si vuelve la monarquía, pueden perder sus prebendas. Por el otro, tal y como está España, no dejan de ser viejas glorias mal pagadas, unas cinco mil pesetas al mes más o menos, y a expensas de que un día su Generalísimo se levante con el pie torcido y los releve.

–¿Dirían que son el eslabón débil de la cadena?

Esta vez no hubo dudas: el asentimiento fue unánime.

Winston Churchill dio otra larga calada a su puro. Se vio envuelto en una nube de humo.